

# RUPTURAS, DESENCANTOS Y ESPERANZAS

(Cultura y Sociedad en el Ecuador: 1960-1985)

POR

FERNANDO TINAJERO

*Quito, Ecuador*

## I

### CUATRO GRITOS EN LA OSCURIDAD

En una tarde de abril de 1962, un público formado por «mamasés» y tías que habían recibido la habitual cartulina de invitación; por lánguidas señoritas amantes de la poesía que habían leído el anuncio en el periódico, y por menos de una docena de *habitués* de la Casa de la Cultura, empezaba a impacientarse por la demora en la iniciación del acto al que había decidido concurrir. Inesperadamente —estando el escenario todavía desierto y notándose ya ciertos amagos de retirada de los menos fervorosos— se produjo un apagón en el local y se escuchó un alarido en la parte posterior izquierda del hemiciclo, arriba, junto a la puerta de acceso. Con ese pánico indefinible que suelen provocar los peligros desconocidos, el público se puso de pie y se volvió hacia la salida, pero tropezó con la rápida llama de un fósforo que encendía una vela, cuya luz dejó ver un rostro aguileño, puntiagudo, adornado por una tenue barbita rubia y coronado por un cabello en desorden, debajo del cual unos ojos pequeñitos se clavaban sobre un papel: era Leandro Katz, que iniciaba el poema de apertura. Pero apenas había empezado, fue interrumpido por otro alarido que salió del otro extremo de la sala, de otra boca ubicada en otro rostro, no aguileño, pero protegido por anteojos, e iluminado también por otra vela, menos escalofriante que la primera, pero como ella inesperada: era el rostro de Marco Muñoz, a quien siguieron Ulises Estrella y Simón Corral, cada uno con su vela y su alarido.

Así empezó el primer recital Tzántzico, que no por haber sido leído a la luz de las velas fue romántico, ni propiamente teatral, pese a todos

los movimientos de los cuatro poetas, que fueron congregándose en el escenario. El público, perplejo e indefenso, fue volviendo lentamente a sus butacas, pero no entendía nada. O tal vez, sí, entendió que se hablaba de él cuando uno de los poetas, parado sobre una silla, sacó del bolsillo de su chompa un rollo de papel higiénico donde estaban cuidadosamente pegados los poemas finales, que leyó solemnemente mientras desenrollaba el papel, lo arrancaba, lo tiraba hacia la sala y declamaba: «... y el público: bobo, bobo, bobo...»

Dicen que al día siguiente el doctor Benjamín Carrión, presidente de la Casa de la Cultura, recibió muchas quejas. ¿Cómo era posible que se hubiera cedido un local de tan augusta institución para semejante desacato, para tan atrevida muestra de incultura, para que cuatro mozalbetes sin corbata ofendieran los oídos de las lánguidas señoritas amantes de la poesía? Por supuesto, el doctor Carrión no sabía nada. No era cuestión suya la concesión de locales; nunca había sido política de la institución —excepto después, cuando ella fue secuestrada por la Junta Militar de Gobierno— someter a censura previa los recitales, conferencias y demás ritos de la cultura acostumbrada. No. El doctor Carrión no tenía arte ni parte en el desaguisado, y así lo comprendieron todos —aunque después, claro, cuando la Casa de la Cultura fue rescatada en 1966 por un movimiento que cubrió toda la República y que tuvo como su eje precisamente al movimiento de los Tzántzicos, no faltó ocasión para que el fundador de la Casa, restaurado en su presidencia, dijera en privado que él había auspiciado el nacimiento del Tzantzismo...

Pero no. El movimiento Tzántzico, que nació de aquel recital de 1962, no tuvo otro auspicio que su propia audacia, sin contar, desde luego, con el auspicio más importante que le dieron los tiempos que se estaban viviendo.

## LOS TIEMPOS DE LA IRA

Tiempos difíciles fueron esos, como cualesquiera otros, pero sobre todo tiempos de ira, como tan acertadamente habría de decir Agustín Cueva unos años más tarde. Muy poco antes, los barbudos de Sierra Maestra habían entrado en La Habana, y la historia de América había quedado partida en dos mitades: la una, repentinamente envejecida, era la mitad prerrevolucionaria que empezó a ser vista como un pasado muy remoto; la otra, todavía sin hacer pero inexplicablemente visible, era el futuro revolucionario donde había de nacer el hombre nuevo de las antiguas profecías.

Durante los treinta años anteriores, las burocracias comunistas habían estado hablando de la revolución y preparándose a recibirla, pero de tanto hablar de ella habían olvidado que lo importante era forjarla. Atadas irremediablemente a los dogmas que se dictaban desde el Kremlin y empeñadas en la defensa de la Unión Soviética más que en entender su propio mundo, el 1.º de enero de 1959 les había tomado por sorpresa, cuando aún no acababan de restablecerse de las conmociones que les había provocado el XX Congreso del PCUS (1956), y habían tenido la insoportable sensación de que la historia se les iba de las manos. Por eso, mientras ellas no atinaban con su propio desconcierto, aquí y allá empezaron a brotar diversos núcleos insurgentes que, sin tomarlas en cuenta, invocaban la heterodoxa teoría de los «focos», para intentar la reproducción de la experiencia cubana, y en poco tiempo parecía que todo el continente se había transformado en un amenazante polvorín. Más ágiles que los anquilosados partidos comunistas, las autoridades del Pentágono —que también habían sido tomadas por sorpresa— diseñaron de inmediato un plan contrainsurgente que incluía los programas de «asistencia» técnica y económica, la acelerada transformación de los ejércitos de América en fuerzas represivas, y la Alianza que nunca progresó. La Agencia Central de Inteligencia, por supuesto, tuvo a su cargo incontables tareas.

En el Ecuador las cosas no fueron diferentes. En 1948, el señor Galo Plaza había inaugurado una extraña etapa de estabilidad constitucional, y durante ella, como nunca antes en este siglo, tres gobiernos elegidos por sufragio libre habían logrado terminar sus períodos. Parecía que la zozobra de las décadas de los treinta y cuarenta había quedado definitivamente atrás y se decía que el país había madurado lo suficiente como para enfrentar sus problemas sin recurrir a la violencia. Sin embargo, la situación no era tan sencilla. La estabilidad política se había apoyado en las sólidas y abundantes divisas del banano —fruta que empezó a ser cultivada intensamente por el señor Plaza con la ayuda de la United Fruit, y de la cual el Ecuador se había convertido en el primer exportador del mundo—, que incluso permitieron amortiguar el efecto acusado en 1955 por el grave descenso de los precios internacionales del café y el cacao; pero a fines de la década de los cincuenta también esas divisas comenzaron a escasear, primero por la aparición de fuertes productores africanos y luego por la merma de la producción causada por las plagas, que destruyeron enormes plantaciones.

Los problemas internos no se hicieron esperar. Ya en 1959, amorfas manifestaciones de protesta del subproletariado guayaquileño fueron el motivo de la orden de «tirar a matar» con la que el doctor Camilo Ponce ganó en la historia un puesto indiscutible junto al presidente José Luis

Tamayo —aquel que en 1922 inauguró nuestro tardío siglo xx con la inolvidable matanza del Quince de Noviembre—. No obstante, el doctor Ponce terminó su período y presidió las elecciones de 1960, en las cuales el doctor José María Velasco Ibarra obtuvo su cuarta victoria, con una votación abrumadora que expresaba, sin duda, el ansia de renovación de un pueblo castigado por la crisis, pero también el eficaz funcionamiento de una maquinaria electoral que supo aprovechar el clientelismo político y que puso al triunfador, como en las ocasiones anteriores, en manos de los grupos oligárquicos. Atrapado entre ellos, las protestas populares, la oposición parlamentaria encabezada por el propio vicepresidente, y su misma oratoria exasperada, el doctor Velasco fue, al fin, depuesto violentamente el 6 de noviembre de 1961 por un incontenible movimiento popular —detrás del cual, curiosamente, se encontraban también las cámaras de comercio— y no tuvo siquiera el consuelo de poder decir, como en el año 35, que se había «precipitado sobre las bayonetas».

En todos estos avatares —cuyo relato completo, aun sin análisis, daría materia para todo un volumen—, una organización política antes desconocida llevó la voz tonante de las protestas callejeras: se llamaba Unión Revolucionaria de la Juventud Ecuatoriana (URJE) y era uno de los primeros desprendimientos del envejecido Partido Comunista. Habida cuenta de las poses izquierdizantes que había adoptado el doctor Carlos Julio Arosemena cuando, en su calidad de vicepresidente, se lanzó contra la camarilla presidencial, «enloquecida por el dinero», muchos creyeron que al producirse la sucesión presidencial URJE iba a tener un importante papel en el nuevo gobierno; pero el doctor Arosemena estaba muy lejos de querer convertir en práctica sus veleidades verbales. No obstante, la derecha oligárquica era incapaz de comprender la distancia que separaba a los dichos de los hechos del nuevo presidente, ni la que se abría entre la algazara callejera y la potencia real de la bulliciosa URJE; empavorecida por el fantasma de la revolución que había salido de la mágica botella destapada en Cuba, lanzó contra el doctor Arosemena una furiosa campaña anticomunista, que no vaciló en provocar actos terroristas para achacárselos a la izquierda, ni en explotar los sentimientos religiosos del pueblo con el activo auxilio de la Compañía de Jesús y de la devoción franciscana de Jesús del Gran Poder, inventada en esos días.

Tratando de complacer simultáneamente a la derecha y a la izquierda para conservar su precario equilibrio, e incapaz de enfrentar positivamente la creciente movilización campesina que estaba marcando la disolución del viejo sistema de hacienda y la modernización capitalista en el agro, el doctor Arosemena fue enajenándose todos sus apoyos. Perdió, primero, el de la izquierda, y luego, el de la Embajada de los Estados Unidos, desde

cuyas oficinas un supuesto diplomático llamado Philip Agee manejaba todos los hilos del conflicto, lo mismo los que agitaban la «insurgencia» que los destinados a mover la campaña anticomunista. Junto a estos últimos estaban también los hilos que controlaban una sutil maniobra de desprestigio del presidente, con el innoble aprovechamiento de ciertas debilidades suyas de carácter privado, que fueron hábilmente convertidas en escándalo público. Y fue el escándalo, precisamente, el que selló el destino del mandatario: el 11 de junio de 1963 —poco más de un año después del primer recital Tzántzico— fue depuesto sin pena ni gloria por el alto comando de las Fuerzas Armadas, que pasó a constituir la tristemente célebre Junta Militar de Gobierno<sup>1</sup>.

#### UNA REVOLUCIÓN EN LAS PALABRAS

Envuelta en estas convulsiones, la cultura ecuatoriana languidecía en la resaca del formidable movimiento del realismo social que floreció en los años treinta. No es una simple casualidad que la última de las grandes obras producidas por ese movimiento —*El éxodo de Yangana*, de Angel F. Rojas— haya aparecido en 1949, es decir, apenas un año después de que el señor Plaza iniciara el breve paréntesis de estabilidad constitucional, cuyo fundamento económico ya ha sido mentado: ese paréntesis tuvo también un soporte social y político representado por el primer desarrollo importante de una clase media arribista que sirvió para amortiguar las más agudas contradicciones sociales y por el acomodo de la vieja guardia socialista dentro de las estructuras del Estado. Halagados por una holgura

---

<sup>1</sup> Acerca del proceso económico, social y político de esos años véanse, entre los más accesibles, los siguientes estudios: Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en Ecuador* (México D. F.: Ed. Diógenes, 1974); del mismo autor, «La crisis de los años 60», en Varios, *Ecuador, pasado y presente* (Quito: Ed. Universitaria, 1975); José María Egas, *Ecuador y el gobierno de la Junta Militar* (Buenos Aires: Ed. Tierra Nueva, 1975); Patricio Moncayo, *Ecuador: grietas en la dominación* (Quito: ed. del autor, 1977); Philip Agee, *Inside the Company. CIA Diary* (Londres, 1975; la parte de este libro que corresponde al Ecuador fue traducida y publicada en Quito por el Movimiento Segunda Independencia con el título de *Objetivo Ecuador. Diario de la CIA*, 1977); Osvaldo Hurtado, *El poder político en el Ecuador* (Barcelona: Ed. Ariel, 4.ª ed., 1981); Amparo Menéndez-Carrión, *La conquista del voto. De Velasco a Roldós* (Quito: FLACSO-Corporación Editora Nacional, 1986).

Acerca de la cuestión agraria y sus consecuencias, pueden consultarse: Fernando Velasco Abad, *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra* (Quito: Ed. El Conejo, 1979); Andrés Guerrero, *Hacienda, capital y lucha de clases andina* (Quito: Ed. El Conejo, 1983); Gustavo Cosse, *Estado y agro en el Ecuador, 1960-1980* (Quito: Corporación Editora Nacional, 1984); Osvaldo Barsky, *La reforma agraria ecuatoriana* (Quito: Corporación Editora Nacional, 1984).

que antes no tuvieron —embajadas, gerencias, ministerios—, los intelectuales que habían protagonizado ese gran movimiento del realismo social perdieron de vista el contenido de clase de la cultura que representaban y olvidaron que ella sólo podía afirmarse en contra de la cultura burguesa dominante. Se dejaron seducir por el mito burgués de la cultura «nacional», que desdibujaba todas las diferencias, y encontraron en el cálido ambiente familiar que les brindaba la Casa de la Cultura, fundada en 1944, las condiciones propicias para construir la capilla de una izquierda ritual, que mantenía los ojos bien cerrados ante la incontenible derechización del país. Cuando menos lo imaginaron, el gobierno estaba ya en manos del doctor Ponce, y los más refractarios al acomodo, como Joaquín Gallegos Lara, ya habían muerto. Divorciados de los movimientos populares, hubieron de clausurar los hornos donde habían fraguado las más penetrantes investigaciones de la realidad social del Ecuador conocidas hasta entonces —esas que se divulgaron bajo la forma del cuento y la novela del indio y del montuvio—, y sin otra alternativa que repetirse a sí mismos, se dieron a un deambular errático por caminos sin salida.

El pensamiento filosófico, reducido a mero ejercicio académico, se mostraba perplejo ante el mundo contemporáneo, y cuando no caía en una abigarrada mezcolanza de ideas de diversa estirpe —como ocurre, por poner un solo ejemplo, en *Humanismo y dialéctica* (1959), de Jaime Chávez Granja—, se volvía abiertamente hacia la Escolástica —como se puede ver en *La doctrina aristotélica de la materia prima* (1964), del jesuita F. Ramos—. La investigación histórica, completamente en manos de intelectuales adscritos a la rancia «aristocracia» terrateniente, aprovechaba el sesquicentenario de la sublevación quiteña del Diez de Agosto para satisfacer las necesidades ideológicas de su clase, que recurría a los próceres para apoyar en ellos su todavía visible aunque decadente hegemonía: ello se ve muy bien en el *Ensayo de interpretación histórica* (1959), de Isaac J. Barrera; en *La revolución de Quito de 1809* (1960), de Carlos de la Torre Reyes, y, sobre todo, en *La patria heroica* (1961), de Jorge Salvador Lara, libro prologado por una carta del insigne humanista Aurelio Espinosa Pólit, que representa todo un programa ideológico.

En cuanto a la literatura, el panorama no era mejor. En la década de los cincuenta habían aparecido algunas obras de gran aliento lírico o narrativo<sup>2</sup>, pero a pesar de ellas el ambiente que dominaba era el de una mo-

<sup>2</sup> He aquí, un tanto al azar, las más notables en la narrativa: *Trece relatos* (1955), de César Dávila Andrade; *La advertencia* (1956), de Alfredo Pareja Diezcanseco; *Escombros* (1958), de Fernando Chávez; *El chulla Romero y Flores* (1958), que según mi opinión es la mejor novela de Jorge Icaza; *El aire y los recuerdos* (1959), del mismo Pareja; *La espina* (1959), de Alejandro Carrión; *Arcilla indócil*

dorra decadente, que se hizo ya insoportable en la década de los sesenta, en cuyo comienzo lo único digno de registro es la publicación de *Los cuadernos de la tierra* (1961), de Jorge Enrique Adoum, obra de extraordinaria fuerza lírica que obtuvo un año antes el premio Casa de las Américas. Aparte de eso, lo que había era el ramplón conformismo de los suplementos literarios de los principales periódicos de Quito y Guayaquil, cuyos redactores —algunos con nombre y prestigio muy bien puestos— parecían no percatarse de lo que estaba sucediendo a su alrededor y fatigaban a un público aburrido con un sistema de elogios mutuos que no podía compensar la inexistencia de la crítica. Poco había que criticar, por supuesto, si se piensa en obras literarias, pero mucho si se piensa en la política editorial de la Casa de la Cultura, de cuyas prensas salían toneladas de cuadernos poéticos, casi siempre mediocres, provistos del infaltable prólogo de Benjamín Carrión, que les servía de dudoso pasaporte hacia una celebridad de pacotilla.

Fue precisamente ese mediocre conformismo el que provocó, en 1962, el nacimiento del Tzantzismo. Ese extraño nombre —viene de *tzantza*: cabeza reducida por los antiguos guerreros de nuestra región oriental— identifica a un movimiento formado por jóvenes que a la sazón apenas pasaban de veinte años<sup>3</sup> y que se habían sentido tempranamente atraídos no sólo por el quehacer poético, sino también por la reflexión especulativa. Iniciados a la sombra de las doctrinas de Heidegger y Sartre, asumieron la función de poetizar como una «superación de la metafísica» (Heidegger), lo cual implicaba un cuestionamiento de la razón ontológica y una revaloración de la experiencia vital (Sartre). Proclamándose «hacedores de tzantzazas», lo primero que querían significar era la denuncia de la macrocefalia de Occidente, la hipertrofia de la *ratio* occidental y la reivindicación de la vivencia como vía de acceso directo a la realidad.

Semejante filosofía, desde luego, estaba muy lejos del marxismo y parecería imposible que ella haya servido de puente hacia la toma de posiciones políticas revolucionarias. No obstante, Sartre acababa de estar en Cuba y había expresado, sin reservas, su adhesión al proceso revolucio-

---

(1959), de Arturo Montesinos Malo. En la lírica sobresalen *Ecuador amargo* (1949), de Jorge Enrique Adoum; *Catedral salvaje* (1951), de César Dávila Andrade; *Diálogo de los seres profundos* (1957), de Miguel Ángel Zambrano; *Arco de instantes* (1959) y *Boletín y elegía de las mitas* (1959), del ya nombrado Dávila Andrade.

<sup>3</sup> El grupo estuvo inicialmente formado por Marco Muñoz (1937), Ulises Estrella (1939), el argentino Leandro Katz (1939) y Simón Corral (1946); más tarde se sumaron Alfonso Murriaguí (1929), Euler Granda (1935), Rafael Larrea (1942), Raúl Arias (1944), Teodoro Murillo (1944), Humberto Vinuesa (1944) y Antonio Ordóñez (1946).

nario: era entonces su versión del existencialismo, que iniciaba una tortuosa aproximación al marxismo, lo que los Tzántzicos invocaban para justificar su actitud cada vez más radicalizada. Reducir cabezas, ejercer una dura crítica del racionalismo occidental, era entonces una consigna filosófica que encontraba su traducción política en la profesión de fe revolucionaria y comenzaba por la desmitificación de los valores «sagrados» del sistema.

Pero el sistema era todavía algo demasiado abstracto: su encarnación visible estaba en los «consagrados» de la cultura oficial. Llegados al escenario de la cultura cuando la defección de los viejos socialistas se había consumado en la colaboración con el régimen del señor Plaza y cuando los cauces del realismo social habían desembocado en una estéril repetición, si no en caricatura de sí mismos, el contenido de impugnación que tenía el movimiento no podía dejar de encontrar su forma propia en el «parricidio»: asesinar a los padres de la cultura ecuatoriana era asesinar en ellos la cultura occidental impuesta por la colonización, pero también castigar la inconsecuencia entre la vida y la obra de tales «consagrados». No obstante, como el parricidio implicaba un movimiento de negación total, que los dejaba en una peligrosa orfandad semejante al vacío, los Tzántzicos entendieron que era imprescindible prolongarlo en otro movimiento de afirmación: la búsqueda de lo «auténticamente propio»<sup>4</sup>.

Complementarios más que excluyentes, los dos postulados que definían ese doble movimiento de negación y recuperación del pasado requerían para su cumplimiento una condición también doble: por un lado, un fundamento teórico que sólo podía ser alcanzado por la investigación rigurosa, no solamente de nuestra historia cultural, sino también de todas las implicaciones del concepto de «cultura nacional»; por otro, un fundamento político que sólo podía encontrarse en el contexto de un proceso verdaderamente revolucionario. Esa doble condición, desde luego, no pudo darse en esos años: acuciados por la necesidad de la acción que les era impuesta por el oleaje de insurgencia que sacudía a toda América, pero detenidos por la inexistencia de una izquierda verdaderamente revolucionaria y atra-

---

<sup>4</sup> Todavía flaca y desgarbada, la primera formulación de estos postulados, con cierta discutible aspiración teórica, apareció en mi libro *Más allá de los dogmas* (Quito: Ed. Casa de la Cultura, 1967). Aunque sin formar parte orgánica del grupo Tzántzico, desde su nacimiento estuve vinculado a él por múltiples afinidades; nuestros respectivos caminos, sin embargo, se distanciaron relativamente cuando los Tzántzicos abandonaron el propósito de ejercer la crítica del racionalismo occidental y prefirieron la acción concreta de tipo agitacional, mientras yo dediqué todo mi trabajo, hasta el presente, a esa problemática búsqueda de lo propio. En ella he vuelto a encontrarme con los antiguos Tzántzicos en los últimos años.

pados por el desconocimiento de una política tumultuosa, los Tzántzicos trasladaron a la cultura la estrategia de la guerrilla, renunciaron a la investigación reposada y a la elaboración estética y adoptaron la oralidad y el montaje cuasi teatral como vehículos de una comunicación directa y agitacional que trató de crear un público de obreros y estudiantes.

Ante ese público —bien sea a través de sus «actos recitantes», bien a través de su revista, que se llamó *Pucuna*, porque tal parece ser el nombre de una cerbatana usada por los reductores de cabezas de nuestras selvas para disparar dardos envenenados—, los poetas Tzántzicos fueron lanzando sus virulentos ataques a la cultura oficial. Se trataba de ataques irrazonados, de burlas sangrientas destinadas a injuriar, pero también a despojar a la cultura de ese halo sagrado que le habían otorgado las clases dominantes al convertirla en parte accesorio de su patrimonio. De ahí que tales ataques hayan sido vistos como manifestaciones de «incultura», porque la cultura burguesa dominante, heredera de los valores, pero también de los prejuicios de Occidente, se considera a sí misma como la única posible y no puede admitir que también lo sea la que se levanta contra ella. Ciertamente es que el levantamiento del Tzantzismo se apoyaba en una flagrante contradicción, puesto que invocaba el pensamiento sartreano para justificar el rechazo de Occidente y la búsqueda de lo propio; pero no es menos cierto que, aun cuando usaban herramientas ajenas, los Tzántzicos lograron encarnar, sin imaginarlo siquiera, el segundo gran momento de la constitución de una cultura nacional-popular, cuyo primer alumbramiento les cupo en gloria a los adolescentes de 1930.

Esto no significa, desde luego, que la actividad del Tzantzismo haya sido la única que apareciera en esos años<sup>5</sup>. Lo que significa es que el

---

<sup>5</sup> No sólo hubo otros grupos cuyas revistas permitieron un permanente intercambio de ideas y una saludable confrontación de búsquedas estéticas, sino que de todos ellos han salido casi todas las figuras importantes de la literatura ecuatoriana de los últimos años. En Cuenca, el grupo «Syrma» editó una revista del mismo nombre bajo la dirección del poeta Rubén Astudillo (1939). En Latacunga, el doctor Hugo Alborno (1919) fundó el grupo «Galaxia». En Quito, Rafael Herrera Gil (1939), Juan Freile Granizo (1941), Raúl Armendáriz (1941) y Violeta Luna (1943) formaron el grupo «Vigilia». También en Quito, el grupo «Agora» publicó una revista homónima dirigida por Vladimiro Rivas (1944), con la participación de Hernán Rodríguez Castelo (1933), Ernesto Albán Gómez (1937), Bruno Sáenz (1944), Diego Araújo (1944), Juan Andrade Heymann (1945) y Javier Ponce (1948). Del mismo género de *Agora*, pero con diversa orientación —se ha dicho incluso que fue la conciencia crítica del Tzantzismo— fue la revista *Indoamérica*, dirigida por Agustín Cueva (1937) y el autor de estas líneas, contando como secretaria de redacción a la escritora francesa Françoise Pérus. Junto a ella y a *Pucuna*, la revista *La Bufanda del Sol* fue dirigida en su primera época por Alejandro Moreno (1944) y Francisco Proaño (1944).

Tzantzismo, no tanto como grupo, sino como movimiento, y con todas sus flaquezas e incongruencias incluidas —o precisamente por ellas—, fue la expresión más clara e inequívoca del *ethos* cultural y político que se empezó a vivir en los años sesenta, no sólo por el influjo de las condiciones estructurales y coyunturales que han quedado pálidamente sugeridas, sino también por la múltiple y variada gama de acontecimientos políticos, ideológicos, artísticos y científicos de aquella década, de imposible enumeración en estas páginas, que van desde los Beatles hasta el primer viaje a la Luna, pasando, entre otros, por hechos tan notables como la liberación de los pueblos africanos, el neorrealismo italiano, el Concilio Ecuménico Vaticano II, la Revolución Cultural china, la guerra de Vietnam y el cisma del movimiento comunista mundial: eventos de disímil contextura que señalan un mismo y gigantesco proceso de crisis y que pusieron a temblar todas las instancias de la vida social, desde los principios sumos hasta las costumbres cotidianas. Con sus broncos desafueros, con su deliberada ruptura del lenguaje, con su inocente desafío a todas las convenciones, y también con su ingenua confianza en el poder de la palabra, los Tzántzicos expresaron mejor que cualquier otro grupo —e incluso mejor que muchos poetas de más elevadas calidades líricas— las angustias de un mundo en crisis y también sus esperanzas pueriles: si no llegaron a dar forma a las aspiraciones y a los sueños del pueblo en cuyo nombre hablaban, rompieron para siempre las acartonadas formas de una cultura agotada.

#### NUEVOS TEMPLOS PARA NUEVOS RITUALES

Cada forma de cultura tiene sus rituales y cada ritual exige sus propios templos. La decadente cultura repetitiva de los años cincuenta practicó los ritos de la conferencia, de la mesa redonda, del recital leído morosamente y en voces tenues para solaz de las lánguidas señoritas amantes de la poesía, y el Aula «Benjamín Carrión» de la Casa de la Cultura, dirigida por Benjamín Carrión, fue su templo predilecto en la capital; en provincias, cada núcleo de la misma institución tuvo una sala equivalente, aunque desprovista del encanto del modernísimo hemiciclo quiteño. No es casual, por lo mismo, que el grupo Tzántzico haya escogido precisamente ese lugar para lanzar su primera bofetada a un público amodorrado.

Pero una vez que se abrieron los fuegos de esa revolución verbal que fue el Tzantzismo, nuevos rituales aparecieron en el ámbito de la cultura, y para celebrarlos se hicieron necesarios nuevos templos. El recital moroso y de voz tenue fue reemplazado por el «acto recitante», que se decía

a gritos en medio de montajes escénicos contruidos de acuerdo a una gramática aún no descifrada; la mesa redonda y la conferencia cedieron su lugar al «coloquio», que poco tenía de coloquial y mucho de asamblea política. El Aula encantadora y encantada quedó mucho tiempo solitaria, porque el público nuevo fue convocado a la Universidad primero y a un café después.

La elección de la Universidad como centro de actividades del Tzantzismo no fue arbitraria ni gratuita. Rodeada de un nimbo de heroísmo rebelde que había ido formándose, desde 1918, a través de una suma de luchas por la democratización de la enseñanza, el co-gobierno y la autonomía, la Universidad fue siempre el centro generador del pensamiento crítico, pese a que su estructura había sido articulada para satisfacer la demanda de profesionales para el funcionamiento del mismo sistema que aquel pensamiento impugnaba. Resultaba obvio, en consecuencia, que sus aulas, paraninfos y anfiteatros fueran consagrados como nuevos templos para el nuevo ritual de la cultura.

Agitado templo era ése, desde luego, no sólo por su propia naturaleza, sino también por los acontecimientos que se estaban produciendo. Entre julio de 1963 y enero de 1964, fundándose en una mañosa reforma legal, el gobierno militar suprimió por decreto la Universidad Laica Vicente Rocafuerte y la Universidad Libre del Ecuador, que acababa de ser fundada; dispuso la reorganización de la Universidad de Guayaquil y de la Universidad Central del Ecuador, y clausuró la Universidad de Loja, mientras ordenó la prisión de algunos de los rectores de aquellos institutos y declaró la cesantía de otros, así como la de casi cuatrocientos catedráticos. El proceso culminó el 30 de enero de 1964 con la clausura de la Universidad Central —cuya previa reorganización no pareció suficiente a los triunviratos— después de que en la víspera, haciendo un gran despliegue de fuerza y una insólita exhibición de armamento de guerra, el ejército disolvió una caudalosa manifestación de profesores y estudiantes que desfiló por las calles de Quito para terminar soportando durante toda la noche un sitio en toda regla impuesto a los recintos universitarios.

Clausurada la Universidad, los Tzántzicos reemplazaron la sacralidad de sus aulas por la profanidad de un café, rebautizado por ellos con el nombre de «Café 77». Situado en la casa que perteneció a la legendaria Marieta de Veintimilla, a una cuadra del Palacio de Carondelet, ese lugar representaba por sí mismo un desafío al gobierno militar, contra el cual se decían cosas fuertes a propósito de cualquier tema literario, y así fue definiéndose una nueva concepción de la cultura. Paulatinamente dejó de vérsela como ese refinamiento espiritual que había sido perfilado por el romanticismo, afianzado por el modernismo y momificado por los confu-

sos «ismos» posteriores y hasta por las caricaturas de realismo social de los años cincuenta, y del cual era modelo ejemplar la fina delicadeza de modales de las clases dominantes: su rostro, aceleradamente aplebeyado, empezó a identificar a todas las respuestas sociales a las condiciones de existencia y, por lo mismo, también a las respuestas políticas, que en ciertas circunstancias —como eran precisamente aquellas en las que se estaba viviendo— pasaban a ser las respuestas primordiales: el acto cultural por excelencia venía a ser el acto revolucionario. La Casa de la Cultura, mientras tanto, intervenida también por la Junta Militar, pero abandonada por los intelectuales y resguardada por la censura que se impuso en ella, permanecía en la más inalterable quietud, que sólo fue rota una vez en el lapso de tres años, cuando su presidente, el licenciado Jaime Chávez Granja, rindió homenaje a los triunviros y justificó su presencia en el poder echando mano a la filosofía de la historia, esa filosofía que en otro tiempo le había servido para sustentar ideas de avanzada desde su cátedra del Colegio Mejía.

#### EL SUCEDÁNEO DE LA REVOLUCIÓN IMPOSIBLE

Las actividades del «Café 77» —que por cierto fue transitoriamente clausurado mientras sus animadores eran perseguidos— produjeron un importante resultado: en 1964 se constituyó la Asociación de Escritores y Artistas Jóvenes del Ecuador (AEAJE), que reunió a todos los grupos existentes y a numerosos intelectuales y artistas no afiliados a ningún grupo. La disparidad ideológica entre ellos fue provisionalmente superada por un interés común, que consistió en llenar el vacío provocado por la inercia de la Casa de la Cultura. Evidentemente, se trataba de una convergencia coyuntural; ella permitió, no obstante, que se impusiera la hegemonía de la tendencia de izquierda, encabezada por el Tzantzismo, la cual trató de responder al mismo tiempo a los intereses inmediatos de los sectores intelectuales y al proceso de impugnación general del sistema que se había originado en el mito de la revolución posible.

Pero la revolución era ya imposible a esas alturas, tanto por la inexistencia de una fuerza capaz de realizarla cuanto por los efectos de la política modernizante de la Junta Militar, que como puntual ejecutora de los programas contrainsurgentes del Pentágono, decretó en 1964 una Reforma Agraria engañosa, que creó más problemas de los que intentaba resolver, pero que fue suficiente para desmovilizar a las masas campesinas. Así, aunque entre 1964 y 1966 se intentó la ampliación de los espacios de acción cultural con la búsqueda de una aproximación a los sectores sindi-

cales, la labor de la AEAJE fue enroscándose en sí misma y dejó de ser, si alguna vez lo fue, la punta de lanza ideológica de una acción política meramente soñada.

Tal enroscamiento, sin embargo, no era el único: también se iba enredando en sí misma la Junta Militar, y su desgastada política modernizante llegó a resultar inútil para los intereses del Pentágono. El detonante del colapso fue el continuo avatar de la Universidad, que fue reabierta a fines de 1964 con autoridades y profesores designados por la dictadura con el encargo de poner en práctica un proyecto modernizante calcado de patrones norteamericanos y representado por la creación de la Facultad de Ciencias Básicas. La batalla contra ese proyecto, que pretendía convertir a la Universidad en una institución científicista y «apolítica», jalonó con múltiples y a veces violentos episodios todo el año 65 y culminó el 25 de marzo de 1966, cuando un burdo pretexto —el «incendio» de un camión de la misión militar de los Estados Unidos por parte de agentes de seguridad mal disfrazados de estudiantes— sirvió para desatar una brutal invasión armada a la Ciudad Universitaria. El relato de ese hecho vergonzoso no corresponde a estos renglones; basta decir que el ridículo pretexto, el desproporcionado despliegue de fuerzas, los daños materiales causados a los locales universitarios y el vejamen a profesores y estudiantes —entre los cuales también hubo muertos— provocaron la indignación popular: repudiada por todos los sectores ciudadanos y abandonada por la oligarquía y sus aliados de la Embajada norteamericana, la Junta Militar fue derrocada por la lucha en las calles el 29 de marzo del mismo año.

El advenimiento de la dictadura civil del señor Clemente Yerovi no significó el fin de las vicisitudes de la Universidad, que siguió batallando contra la Facultad de Ciencias Básicas, mientras aparecían, por obra de ese gobierno y del siguiente, otros institutos de estudios superiores —uno de ellos de carácter militar— que representaban una desleal y peligrosa competencia para los centros universitarios, acosados por una pobreza creciente. Pero fue el mismo señor Yerovi, sin siquiera imaginarlo, quien ofreció al Tzantzismo y a la AEAJE la oportunidad de encontrar al mismo tiempo su máximo esplendor y su muerte más digna.

Con el propósito confesado de limpiar de vestigios dictatoriales la Casa de la Cultura —donde se mantenían imperturbables quienes habían sido nombrados por los generales para dirigirla—, el último de los congresos de la AEAJE, celebrado en junio en la ciudad de Azogues, decidió llevar a cabo todas las acciones necesarias para lograr la reorganización de la máxima entidad ecuatoriana de cultura, cuyos recursos institucionales —y éste era el propósito no confesado— empezaron a ser vistos como indispensables para que la Asociación pudiera encontrar una salida de sus ca-

minos envolventes y una posibilidad concreta de realizar sus iniciales aspiraciones. Semejante resolución fue cálidamente acogida por numerosos intelectuales y artistas no afiliados a la AEAJE, y el resultado fue la constitución del Movimiento de Reorganización de la Casa de la Cultura, cuya figura más notable fue el pintor Oswaldo Guayasamín. Después de intensas gestiones y de una campaña de prensa que resultaron estériles, y cuando las vías pacíficas demostraron su ineficacia, el 25 de agosto de 1966 el Movimiento de Reorganización ocupó de hecho los locales de la Casa de la Cultura en Quito y en provincias y se mantuvo en ellos, sitiado por la policía, hasta que el gobierno, diez días después, aceptó formar una comisión mixta, con representantes de la propia Casa y del Movimiento de Reorganización, para elaborar una nueva ley constitutiva de la entidad. El 6 de septiembre, bajo la presidencia del doctor Carlos Cueva Tamariz, empezó a funcionar la comisión; el 15 del mismo mes, como un nuevo medio de presión sobre los comisionados, se instaló en Quito el Primer Congreso Nacional de Trabajadores de la Cultura, presidido por el pintor Diógenes Paredes; el 29 se expidió por decreto la nueva ley. La AEAJE la recibió como prueba indudable de su propia fuerza y se dijo que su próximo paso sería la toma del Palacio de Carondelet: en realidad, aquella ley sólo probaba la debilidad del gobierno del señor Yerovi, y el no comprenderlo fue el principio del fin de la AEAJE y del Tzantzismo, que fue su corazón. El 12 de noviembre, después de haberse conformado los organismos de la Casa de la Cultura de acuerdo con la nueva ley, la Junta Plenaria eligió a Benjamín Carrión para presidir nuevamente la institución que él mismo había fundado veintidós años antes: la intensa lucha por la reorganización había culminado en una restauración.

## II

### DESPUÉS DEL MITO, EL DESENCANTO

Cuatro años de luchas —durante los cuales se había escrito y publicado poco, porque toda la atención se había concentrado en una acción más política que cultural— habían terminado en el parto de los montes. Así se explica que, desde el 13 de noviembre de 1966, la exaltación que comenzó en 1962 con cuatro gritos en la oscuridad haya sido sustituida por el claroscuro del desencanto, en el que la poca luz ganada sólo servía para iluminar a medias una verdad dolorosa: que la revolución no se hace con poemas, aunque ellos puedan nacer de un proceso revolucionario. Ese desencanto estaba llamado a convertirse en el carácter más acusado de la

cultura ecuatoriana de los veinte años siguientes, pero no fue posible reconocerlo de inmediato: nadie habría podido hablar de él ni siquiera en 1967, cuando Agustín Cueva publicó *Entre la ira y la esperanza* —ese libro extraordinario que contiene el primer intento serio de conseguir la síntesis de los contrapuestos postulados del movimiento que ha sido aquí reseñado—. No obstante, fue sin duda el desencanto el que provocó la retirada de los intelectuales de izquierda de la Casa de la Cultura, al descubrir que habían luchado para devolver ese precioso instrumento institucional a las mismas corrientes que veinte años antes —y acaso sin quererlo— contribuyeron a frenar el proceso de constitución de una cultura nacional-popular. Fue el desencanto el que produjo la casi inmediata disolución de la AEAJE, cuando sus frágiles estructuras demostraron no poder reemplazar al inexistente partido revolucionario. Fue el desencanto —por aquello de que los grandes despechos suelen provocar grandes iracundias— el que determinó la subsiguiente formación del Frente Cultural, que trató de actualizar el proyecto revolucionario para tropezar en seguida con profundas contradicciones con las tendencias maoístas que estaban en su base. Fue el desencanto, por fin, el que empezó a soplar vientos de emigración sobre los intelectuales y artistas para empujarles a diversas latitudes del mundo.

Pero sería dar pruebas de condenable ceguera el suponer que fue sólo el fracaso experimentado en la Casa de la Cultura el que provocó ese desencanto. En 1967, el asesinato del «Che» en Bolivia canceló definitivamente la utopía del asalto al cielo, y en 1968, en rápida sucesión, dos eventos de incalculable magnitud vinieron a desmigajar las últimas ilusiones: el mayo francés y el agosto checoslovaco sirvieron para poner en entredicho la función protagónica de la clase obrera, el internacionalismo proletario y la encarnación de la eticidad revolucionaria en las cúpulas del Kremlin... Y como si todo eso hubiera sido poco, el estallido del *boom* de la novela latinoamericana —que había sido recién descubierta por Europa gracias al interés que la Revolución cubana había atraído hacia esta parte del mundo— puso en evidencia el abismo que se había abierto entre las letras continentales y las ecuatorianas, porque estas últimas, malamente confundidas con la tarea agitacional de una revolución imposible, habían perdido el tren propio para embarcarse en el ajeno.

#### EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

La dictadura del general Rodríguez Lara —que en 1972 puso fin al V velasquismo para inaugurar en seguida la era petrolera— completó el

panorama del desencanto, no sólo al demostrar que todavía funcionaba el recurso a los fusiles para apuntalar el viejo sistema que se presentaba como nuevo gracias a ciertos afeites de corte reformista, sino también por crear otra vez una bonanza económica ilusoria que sirvió para dar renovado impulso a la clase media aprovechadora y arribista. Atrás quedaban las turbulencias de los años sesenta, que podían ser fácilmente olvidadas por la euforia de un alegre consumo, mediante el cual el sueño revolucionario era rápidamente desplazado por el grotesco remedo de los modelos de vida que proponían las pantallas de los televisores recién estrenados. Como por arte de magia —de una magia cuya patente todavía no era reconocida—, una nueva sociedad parecía brotar de los pozos petroleros, y sus ruidos de fiesta prolongada apagaban no sólo el lamento de los campesinos expulsados de su tierra para formar enormes contingentes marginales que provocaron el crecimiento explosivo de las principales ciudades, sino también los últimos ecos de la retórica «contestataria». Los últimos Tzántzicos y algunos de sus primeros enterradores volvieron entonces a dar vida al Frente Cultural e iniciaron una nueva época de la revista *La Bufanda del Sol*<sup>6</sup>, pero con caracteres diferentes de los que tuvo en la década anterior. Hay que ver la colección de esa revista —sin duda la más importante de la década de los setenta— para advertir el proceso de acelerado cambio que se produjo en la cultura a impulso de los vientos reformistas: si los dos primeros números aparecieron en una pobre edición mimeografiada que conservaba en parte el aire impugnador de *Pucuna*, los siguientes exhiben un constante aumento de la elegancia de su presentación, como haciendo ver que también a la cultura llegaba el petrodólar. Aunque aparentemente trivial, ese carácter externo de la publicación resucitada es por sí mismo un síntoma, porque revela muy a las claras que el estudiante y el obrero, tan afanosamente buscados en los años sesenta, habían dejado de ser los destinatarios del trabajo literario: quien así lo sospecha puede muy pronto encontrar la confirmación de sus temores revisando sumariamente el contenido de la revista, que comienza con un injusto *mea culpa* —signo del despertar de la mala conciencia— y culmina con un mal disfrazado culto a la forma literaria, que cubre con prudente olvido la incisiva preocupación por la responsabilidad social del escritor, que fue la dominante en los años de gloria del Tzantzismo<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Inicialmente formaron parte del Consejo de Redacción: Humberto Vinueza, Abdón Ubidia, Julio Saltos, Leonardo Kosta, Carlos Rojas, José Ron, Francisco Proaño, Raúl Pérez, Alejandro Moreano, Ulises Estrella, Iván Egüez, Antonio Coorea, Raúl Arias, Esteban del Campo y Pablo Barriga. Algunos de ellos se retiraron después; otros nos incorporamos a partir del tercer número.

<sup>7</sup> Véanse, por ejemplo, los siguientes artículos: Humberto Vinueza, «Tzantzismo

No quiero decir, por supuesto, que el abandono del tema de la responsabilidad social del escritor sea por sí mismo un indicio de algún retroceso ideológico o político, puesto que, en más de un sentido, podría significar precisamente lo contrario: convertido en muletilla que había dado lugar a toda clase de discursos moralizantes y que partía del supuesto evidentemente falso de que los escritores forman por sí mismos una clase diferenciada y susceptible de ser vista como sujeto de obligaciones éticas de carácter universal, el tema de marras había sido ya agotado por la propia historia más que por las estériles discusiones y no cabía insistir en él: abandonarlo era en gran parte dar pruebas de haber asimilado la gran lección de la experiencia. No obstante, si el nombre mismo del Frente Cultural que patrocinaba la revista sugería la línea más avanzada en un combate abierto, lo menos que podía esperarse era no ya la discusión moralista de un tema abstracto, sino el cumplimiento concreto de una tarea literaria combativa, definida sobre las nuevas condiciones que presentaba la sociedad ecuatoriana, y eso es, precisamente, lo que insinúa el nombre de la sección destinada a la creación literaria: «Del juego al fuego». Entre los nombres y los contenidos, sin embargo, fue abriéndose dentro de la propia revista una distancia progresiva, que demuestra hasta qué punto la realidad se impone sobre las buenas intenciones: el Frente Cultural fue paulatinamente convirtiéndose en un grupo de amigos identificados por el cultivo de las letras y crecientemente distanciados por sus opciones políticas personales, y del fuego de sus combates soñados pasó sin darse cuenta a las llamadas agonizantes de la nostalgia. No sólo en el quehacer crítico, sino también en el de las ficciones, el tema que fue imponiéndose fue el de la evaluación memoriosa de la década anterior, y en él empezó a cabalgar una nueva narrativa.

En los años setenta, en efecto, se advierte un claro despertar de los géneros narrativos, que vuelven con frecuencia al tema de las frustraciones políticas y existenciales de la década anterior, a través de valiosas colecciones de cuentos primero y de importantes novelas después. No es éste el lugar para confeccionar un catálogo, pero cabe recordar *El demiurgo* (1968), *Historia del cuento desconocido* (1974) y *Los bienes* (1981), de Vladimiro Rivas; *Historias de disecadores* (1972), *Antiguas caras en el espejo* (1984), *Oposición a la magia* (1986) y *La doblez* (1987), de Francisco Proaño; *Micaela y otros cuentos* (1976), *En la noche y en la niebla* (1980), *Teoría del desencanto* (1986) y otros títulos, de Raúl Pérez To-

y vanguardia» (núm. 1, enero 72); Esteban del Campo, «¿Réquiem por el Tzantzismo?» (núm. 2, abril 72); Iván Carvajal, «Temas, escenarios y entretelones de la literatura comprometida» (núm. 8, julio 74); Víctor Ivanovici, «Por una teoría del texto» (núms. 11-12, junio 77).

rres; *La Linares* (1975), *Pájara la memoria* (1984) y otros cuentos, de Iván Egüez; *Bajo el mismo extraño cielo* (1979) y *Sueño de Lobos* (1986), de Abdón Ubidia; *Polvo y ceniza* (1979), de Eliécer Cárdenas; *María Joaquina en la vida y en la muerte* (1976) y varios libros de cuentos, de Jorge Dávila; *Día tras día* (1976), *Henry Black* (1969) y *Nunca más el mar* (1981), de Miguel Donoso Pareja; *Bruna, soroche y los tíos* (1973) y *La cofradía del mullo del vestido de la Virgen pipona* (1985), de Alicia Yáñez; *El rincón de los justos* (1983), de Jorge Velasco Mackenzie, y *Jorma el predicador* (1983), de Juan Manuel Rodríguez. Y, desde luego, no se pueden olvidar esas breves piezas maestras que son *Ciudad lejana* (1982), de Javier Vásconez, y la *Historia de un intruso* (1974) y *Un delfín y la luna* (1985), de Marco Antonio Rodríguez. Mucho menos, por cierto, se puede olvidar la que acaso sea la novela capital de las dos últimas décadas: *Entre Marx y una mujer desnuda* (1976), de Jorge Enrique Adoum.

Pero no ha sido la narrativa la única beneficiada de la resaca política de los años setenta. También las ocupaciones líricas resultaron enriquecidas, como lo prueban, entre otros, los siguientes títulos: *Un gallinazo cantor bajo un sol de a perro* (1970), de Humberto Vinuesa; *Poesía en bicicleta* (1975), de Raúl Arias; *Levantapolvos* (1969) y *Nuestra es la vida* (1978), de Rafael Larrea; *Poemas de un mal tiempo para la lírica* (1980), *Del avatar* (1981) y *Parajes* (1984), de Iván Carvajal; *Ombbligo del mundo* (1966), *Convulsionario* (1974), *Aguja que rompe el tiempo* (1980), *Fuera del juego* (1983) y *60 poemas* (1984), de Ulises Estrella. Aparte de estos textos que provienen del Tzantzismo, hay que citar también la notable producción de Javier Ponce y de Julio Pazos Barrera. El primero ha alcanzado una de las más altas cumbres de la nueva poesía con *A espaldas de otros lenguajes* (1982) y *Los códigos de Lorenzo Trinidad* (1985), mientras el segundo obtuvo el Premio Casa de las Américas con *Levantamiento del país con textos libres* (1982). *Informe personal sobre la situación* (1973), de Efraín Jara Idrovo; *Muerte y caza de la madre* (1978), de Francisco Granizo, son también, entre muchos otros, la expresión de las nuevas tendencias líricas en sus más altas dimensiones.

Pero esto corre el riesgo de convertirse en el catálogo que no deseaba, y aun incurriendo en el riesgo mayor de ser injusto con otros autores de no menor importancia, tengo que cancelar la enumeración de títulos para decir que los mismos fenómenos que han dado lugar a toda esta rica producción han determinado un florecer de las ciencias humanas. Como si hubiesen retomado la consigna de recuperar el pasado y averiguar nuestra identidad —esa consigna que el Tzantzismo puso a circular en los años sesenta—, instituciones como el Banco Central del Ecuador y la Pontificia Universidad Católica del Ecuador han dado un impulso nunca antes visto

especialmente a la investigación histórica, adecuando bibliotecas, ordenando archivos y financiando arduas tareas de indagación original. A ese impulso se debe una nutrida actividad editorial que ha puesto al alcance del público gran cantidad de obras invalorable, como las que se reúnen en la Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano y en la Biblioteca de Historia Ecuatoriana, que llevan el sello de la Corporación Editora Nacional, así como en las múltiples publicaciones del Banco Central, de entre las cuales sobresale la revista *Cultura*. Las Universidades estatales, mientras tanto, acaso con la sola excepción de la de Cuenca —cuyo Instituto de Investigaciones Sociales puede sin temor ser presentado como modelo de entidad académica vinculada al saber tanto como a la búsqueda de soluciones actuales a nuestros problemas—, han caído en una depresión que suele ser atribuida a la masificación de los institutos superiores, pero que tiene en realidad una más compleja y profunda etiología que no puede ser analizada en estas páginas. Pero precisamente porque la misión de las ciencias humanas y sociales reviste una medular importancia, tanto para el desarrollo del sistema capitalista cuanto para su impugnación, ellas han sabido aprovechar los mínimos espacios que para su cultivo se abren en las conflictivas Universidades, y han dado, aun en medio de condiciones deplorables, algunos resultados de gran envergadura. Un manejo más consciente de las categorías marxistas, por un lado, y un esfuerzo por crear categorías propias, por otro, aparecen como puntales de estas novísimas corrientes investigativas, y han permitido replantear en términos indudablemente positivos no sólo la visión de nuestro pasado, sino también la de nuestro presente. Imposible olvidar, en este sentido, los nombres del filósofo argentino Arturo Andrés Roig —que durante su larga presencia entre nosotros se convirtió en el pionero del estudio de la historia de nuestras producciones filosóficas— y de los historiadores y sociólogos que están configurando una nueva imagen del ser que somos: Enrique Ayala Mora, Jaime Durán Barba, Gonzalo Ortiz Crespo, Rafael Quintero, Andrés Guerrero, René Báez, Pablo Estrella Vintimilla, Claudio Cordero, Alfonso Carrasco son, entre otros, los que, junto a un sociólogo tan importante en América como Agustín Cueva, representan las nuevas tendencias del pensamiento social.

#### EL TIEMPO RECUPERADO

Parecerá extraño, desde luego, el tono optimista que han cobrado los últimos párrafos después de la sombría alusión al desencanto que sobrevino en los años setenta para prolongarse hasta los días que corren. No

hay contradicción en ello, sin embargo. Si la paradoja —como dijera Gabriel Cevallos García en una de sus mejores páginas— no es una realidad que se pueda encontrar solamente en las ideas, sino también en la concreta existencia de un país como el Ecuador —país frío, no lo olvidemos, situado en la mitad del mundo—, el desencanto y el optimismo representan, hoy por hoy, los términos definitorios de nuestra compleja realidad cultural. La multiplicación vertiginosa de nuestras actividades culturales —en las letras, las ciencias humanas y las artes— permite sin duda justificar el optimismo que tenemos y la esperanza de encontrar cada día mejores y más sazonados frutos de la inteligencia y la imaginación; la distancia que se ha abierto entre esas mismas actividades y los procesos políticos y sociales, no obstante, sigue fundamentando el desencanto de un pueblo que, por un momento al menos, quiso ver en la obra de sus intelectuales, artistas y escritores el puente hacia un futuro de más claros presagios. Si toda nuestra cultura, desde el último tercio del siglo XVIII hasta la mitad del siglo XX, ha sido cultura política, cuyos más altos logros se ubican en contra de lo establecido, ahora ocurre que la cultura, sin dejar de ser política y sin renunciar a la búsqueda de una autenticidad original, parece ubicar sus aciertos en la misma dirección de lo establecido. Los espeluznantes cortocircuitos entre lo político y lo cultural que se produjeron en la década de los sesenta parecen haber marcado un decisivo cambio de cualidad en las ocupaciones culturales, que no representan ya un movimiento paralelo al de la subversión política, sino un acomodo a las exigencias del sistema capitalista en desarrollo. Y no es que falten, por cierto, las buenas intenciones. Lo que ocurre es que los intelectuales y artistas, hoy más que antes, se encuentran atrapados, como decía Aron, en la elección entre la prostitución y la soledad. El sistema ha terminado por tragar a una buena parte de ellos y ha encontrado los medios para neutralizar los peligros potenciales. Agobiado por la crisis económica mundial, que para nosotros ha cobrado dramáticas dimensiones en los últimos años, y castigado por la despótica y arrolladora política autoritaria que prevalece desde 1984, nuestro pueblo no encuentra acceso a los productos de la inteligencia. Ellos crecen, desde luego, y en algunos momentos alcanzan la posibilidad de parangonarse con los mejores del continente, pero el pueblo no lo sabe.

Y éste es el drama actual de la cultura ecuatoriana. Cultura que hace veinte años perdió el ritmo que marcaba el continente para adoptar el ritmo de nuestro propio pueblo, y que hoy, recuperando el tiempo perdido, va acortando las distancias que todavía le separan de los grandes centros latinoamericanos, mientras aumenta proporcionalmente las que le separan de su propia entraña popular. Tal contradicción representa por ahora nuestro mayor desafío.